

# No hay planeta B

Luana DMC



# Capítulo 1

Son las diez de la mañana de un soleado y caluroso día de finales de enero, del primer año del nuevo siglo XXII. Aquí en Barcelona, la temperatura aún es soportable en estas fechas, pero no quedarán más que un par de años, hasta que tengamos que buscar dónde vivir más al norte, como lo tuvieron que hacer nuestros paisanos del sur, ahora totalmente desértico, desde hace unos 5 años.

Me dispongo a desayunar en la mesa del comedor, con mi hija de 3 años Clara, la luz de mi vida, y mi compañera de vida Claudia, mientras escuchamos las últimas noticias por televisión. De repente, la retransmisión se corta y la pantalla se queda verde. Se oye un pitido muy alto y muy agudo durante unos segundos, que nos hace taparnos instintivamente los oídos, y a continuación escuchamos una voz metálica decir en nuestro idioma:

- Habitantes del planeta Tierra, nos comunicamos con vosotros para advertiros de la inminente tormenta de radiación electromagnética que ocurrirá en un plazo de 24 horas. El incremento de temperatura sería aún mayor al que habéis ido experimentando en los últimos cien años, por lo que toda forma de vida, incluida la humana, desaparecerá. Como líder de vuestro planeta vecino, volvemos a tenderos la mano y os damos la oportunidad de compartir nuestro planeta. Eso sí, bajo nuestras condiciones. Si aceptáis venir, se os asignará un rol en base a vuestros conocimientos, y no se aceptarán objeciones ni se permitirá el libre albedrío, bajo penas de ejecución directa, a la más mínima desobediencia. En unas horas terrestres, se habilitarán plataformas teletransportadoras que os llevarán directamente a las colonias que hemos preparado para vuestra llegada y adaptadas a vuestra anatomía, aquí en Marte. No necesitáis equipaje de ningún tipo. Que seáis bienvenidos.

Mi mujer y yo nos miramos petrificados y un silencio abismal inunda todo el vecindario. Parece que todos hemos recibido el mismo mensaje.

Morir libres o vivir como esclavos, esta parecía la cuestión. Mudarse a Marte ya era una opción desde hacía unos 25 años. Los marcianos nos superaban en inteligencia y tecnología, pero necesitaban mano de obra "barata" para seguir con su plan de colonización espacial. Por ello, decidieron comunicarse por aquel entonces con la Tierra, aprovechando la situación climática insostenible y la situación social desesperada de los habitantes del hemisferio sur, donde la sequía, las pandemias, la hambruna y el calor ya no dejaba cabida a la vida.

- ¿En qué podríamos contribuir? No somos más que una agente inmobiliaria y un sociólogo... ¡No seremos más que mulas de carga, como la mayoría de terrícolas allí! - grita entre sollozos y aterrorizada Claudia,

mientras se levanta empujando la silla y llevándose las manos a la cabeza, asustando a la pequeña Clara, que la mira sin saber qué pasa. - ¿En qué futuro estaríamos metiendo a nuestra hija?

- Por lo menos tendría un futuro. - respondo yo, también derrotado, mientras miro a mi niña, sentada a mi lado.

Nos quedamos callados unos minutos, perdidos en nuestros pensamientos, miedos y en fase interna de negociación, asimilando el mensaje.

- ¿Y si lo echamos a suertes? Tiramos una moneda y lo que salga es lo que haremos. ¿Qué más podemos hacer? -me propone mi esposa, ya en tono frío y sereno. Creo que nunca había hablado tan enserio como en aquel momento. - Sí, lo vamos a hacer así.

Dudo un instante, pero concluyo que, si aún podíamos incidir en nuestro destino, ni que fuese por última vez, era hasta romántico dejar que el azar lo escogiera por nosotros.

- Por Clara. - digo con un nudo en la garganta mientras asiento con la cabeza, aceptando aquella idea.

Cojo una moneda de uno de los bolsillos de mi chaqueta, colgada en la puerta de la entrada. Aprieto entre mis manos las heladas manos de mi mujer y, mirándole a los ojos digo:

- Cara, nos quedamos. Cruz, nos vamos.

Suspiramos a la vez. Le suelto las manos y le tiendo la moneda a la cría, explicándole lo que tiene que hacer. Ella sonrío juguetona y tira enérgicamente la moneda al aire, la cual veo ascender y caer casi en cámara lenta. En cuanto la moneda toca el suelo, todo se vuelve negro.

Me cuesta ubicarme unos segundos, pero me doy cuenta que estoy tumbado en mi cama, en la oscuridad de mi habitación. Agitado, me toco la cara y luego palpo la cama, notando el cuerpo de Claudia, que duerme a mi lado. Voy corriendo a la habitación de Clara y está en su camita, aun durmiendo, con la boca abierta y el chupete al lado de su carita. Respiro aliviado y me río del ridículo sueño. ¡Estamos vivos! ¡Todo había sido una pesadilla!

Durante el desayuno, le cuento a Claudia el sueño, con las noticias de fondo, que muestran imágenes sobre tornados en costas caribeñas, seguidas de imágenes de un colosal incendio en alguna selva tropical:

- ¿En serio? ¿Nuestro destino lo decide una moneda? - me dice Claudia, tras una escandalosa carcajada. - Creo que hubiese preferido ir a la luna

antes que a Marte.

Por un momento reflexiono y pienso que, por lo menos, en mi sueño teníamos esa opción. Pero, en esta realidad y a la velocidad en que el clima está cambiando ¿a dónde podríamos escapar?